

INTRODUCCIÓN

No es la primera vez que alguien, con mayor o menor mérito literario, decide recorrer los pueblos y valles del Alto Carrión con el fin de presentar a los lectores las vicisitudes de cada pueblo, historias personales de sus habitantes y alguna anécdota curiosa. Por tanto, el autor, antes de emprender esta empresa, se ha cerciorado del camino transitado antes por otros andariegos, peregrinos, viajeros o jinetes más o menos ilustres. Con esa sana intención de aprender, leyó variadas obras con las que comprendió que el caminante-viajero ha de ser sobrio, tanto en sus deseos por encontrar fantásticas novedades, como en la exposición de sus hallazgos. Los propósitos se deben dejar en casa. Es mejor aventurarse a lo que salga sin nada preconcebido.

El caminante ha leído varias veces el que pudiera ser el libro del primer viajero moderno por los altos valles palentinos: *Cumbres palentinas. Impresiones*, de don Juan Díaz-Caneja, quien se adentró río arriba allá por los primeros años del siglo XX, siguiendo las aguas del Carrión, al que definía como «*el río gruñidor que corría entre breñales*». Hizo ese recorrido acompañado por amigos, guías locales y con la ayuda de caballería para transportar distintos enseres y hacer más llevadera la caminata.

A su vez, retiene en su memoria otro libro de viajes, escrito en los años setenta y titulado *Jinetes por el Carrión*. A sus autores, Manuel Couceiro, Florencio Domínguez y Jesús Hervella, una dedicatoria inicial les define como «*tres jinetes castellanos, jóvenes en curtidas manos, buscando las fuentes primitivas del Carrión*». Su determinación aventurera les condujo en primer lugar a la localidad salmantina de Ciudad Rodrigo, donde adquirieron los caballos que les llevarían hasta las mismas Fuentes Carrionas.

Allí, siguiendo los versos escritos por el poeta Francisco Vighi en el *Romance de la vida y muerte del Carrión*: «*Enorme cuna este valle / para mecer este río / tan llorón y tan pequeño / llanto de recién nacido*», presenciaron el nacimiento del río y su discurrir por el valle de Pineda. Después, con ánimo explorador, siguieron su cauce a favor de la corriente y, al cabo de unos días, contemplaron la entrega de las aguas del Carrión al Pisuerga en Dueñas: «*Nace y muere en la provincia / no hay otro más palentino. / Recen por él un responso / los frailes de San Isidro*».

Memoria y reencuentro

A partir de los años ochenta, en diversos periodos vacacionales, comenzó a tomar notas y a entrevistar a aquellos informantes dispuestos a aportar sus experiencias y emociones que pudieran añadir algo diferente a las descripciones trilladas de los folletos de promoción turística. Los datos obtenidos le sirvieron para un trabajo etnográfico-antropológico publicado por la institución Tello Téllez de Meneses (Diputación de Palencia) con el título «Usos y costumbres de Fuentes Carrionas».

De otro trabajo de campo, ya en los años noventa, nació una nueva aportación etnográfica, en este caso referida a las vivencias de los pastores trashumantes de nuestros pueblos. Fue una tarea compartida con Enrique Valdeón y José Manuel Regalado, publicada con el título *Las palabras de la soledad. Vivencias de los pastores en la montaña palentino-leonesa*.

Hay además un tercer trabajo de campo denominado «La cuna del Carrión. Una aportación histórica y costumbrista de La Lastra, Triollo y Vidrieros», publicado en la colección *Historia de la Montaña Palentina* y que salió adelante gracias a los ánimos del director de la editorial Aruz, Wifredo Román.

Estas tres andaduras por los pueblos y valles del Alto Carrión, más otro recorrido con un matiz más personal, interior y pormenorizado, realizado a pie a finales de los años noventa,

son el origen de la presente obra. Pretende ser, ante todo, una crónica testimonial de todo el siglo XX, dirigida en primer lugar a las generaciones que no conocieron esta vida rural de antaño, tan próxima en el tiempo pero que hoy aparenta tan distante. Y pretende ser también un relato de la epopeya de muchas personas que, a partir de la década de los sesenta, tuvieron que abandonar sus pueblos y sus casas, poniendo fin a una forma de vida y dejando atrás sus raíces.

Los libros de viaje, que al parecer gozan de buena salud, tienen algo de especial. Por un lado, aportan significativas y personales apreciaciones del autor y, por otro, pretenden envolver a lo descrito con un aire poético y romántico. En cierta ocasión escuchó a alguien decir que «a los países y a los pueblos se les ama a través de las suelas de los zapatos». Bienvenidos a las patrias de las sandalias, donde se dejan a un lado los raquitismos nacionalistas tan frecuentes que todos conocemos.

A todo ello se han añadido datos históricos, geográficos, etnográficos, lingüísticos... que se cuelan entre líneas. Debe añadir, finalmente, que caminó por su tierra y esto significa que viajó dentro de sí, se reencontró con todo aquello que le formó y transformó, y se topó con diversas impresiones, ecos y nostalgias... El recorrido que aparece en el texto va de los recuerdos de hace varias décadas a la actualidad, de la historia a lo anecdótico, del dato al paisaje. En definitiva, se alimenta de todos los murmullos eternos e infinitos que guardan los pueblos de la montaña.

Mis intenciones han sido claras: presentar al lector mis experiencias vitales y, también, las de quienes traté y conocí. Es, por tanto, el fruto de varios viajes indagando en la memoria y rescatando del olvido entornos y vivencias ya extinguidas. Y es también el resultado de escuchar y seleccionar historias de quienes han aguantado, resistido y permanecido en los pueblos ribereños del Carrión.